
LA PRESENCIA
DEL OTRO

La presencia del otro: La educación y la comunicación desde una lectura de La condición humana de Hannah Arendt[1]

Alejandro Correa Molina[2]

Resumen

El presente texto reflexiona sobre la relación entre educación y comunicación como prácticas fundamentales para la construcción de un mundo común a partir del pensamiento de Hannah Arendt y su concepción de la condición humana. Desde esta perspectiva, se aborda la importancia de la presencia del otro, la pluralidad y el reconocimiento de la singularidad en los procesos educativos y comunicativos. Asimismo, se examinan los desafíos que plantean las nuevas tecnologías y los medios de comunicación, particularmente la brecha entre los aprendizajes escolares y las experiencias de los jóvenes en los entornos digitales. Se cuestiona la influencia de las lógicas comerciales que privilegian el entretenimiento sobre la reflexión y se plantea la necesidad de promover una relación bidireccional entre educación y comunicación, orientada al diálogo, la participación ciudadana y la formación de una conciencia crítica. Finalmente, se reflexiona sobre la responsabilidad de educadores y comunicadores en la creación de espacios de encuentro que permitan reconocer la diversidad de las experiencias humanas y construir colectivamente una realidad compartida.

Palabras clave: Educación; comunicación; Hannah Arendt; pluralidad; mundo común.

Abstract

This text reflects on the relationship between education and communication as fundamental practices for the construction of a common world, drawing on Hannah Arendt's thought and her conception of the human condition. From this perspective, it addresses the importance of the presence of others, plurality, and the recognition of individual uniqueness in educational and communicative processes. It also examines the challenges posed by new technologies and the media, particularly the gap between school-based learning and young people's experiences in digital environments. The text questions the influence of commercial logics that prioritize entertainment over reflection and proposes the need to foster a bidirectional relationship between education and communication, oriented toward dialogue, civic participation, and the development of critical consciousness. Finally, it reflects on the responsibility of educators and communicators to create spaces for meaningful encounters that enable the recognition of diverse human experiences and the collective construction of a shared reality.

Keywords: Education; communication; Hannah Arendt; plurality; common world.

[1]El presente texto corresponde al trabajo final de la asignatura Antropología Filosófica del pregrado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana.

[2]Psicólogo egresado de la Universidad Católica Luis Amigó (Medellín) y estudiante de la Licenciatura en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB).

Hannah Arendt no escribió un manual de pedagogía ni un tratado de comunicación, pero su reflexión sobre la condición humana ofrece algo más valioso: un horizonte desde el cual es posible comprender por qué educar y comunicar son actos fundamentalmente políticos y sociales, no en un sentido estricto y cerrado, sino en el sentido de construir y habitar un mundo en común. La presencia del otro no es un accidente de la educación ni un recurso de la comunicación: es su condición de posibilidad, pues sin el otro que recibe, interpela y transforma lo que decimos y enseñamos, no hay un mundo compartido y, sin un mundo compartido, no hay humanidad.

¿Por qué la educación y la comunicación no pueden pensarse sin el otro? ¿Qué hace que su vínculo sea algo más que funcional, algo constitutivo de lo humano mismo? Para responder estas preguntas, se puede recurrir a Hannah Arendt y a su obra *La condición humana,* un texto que, aunque no aborda contenidos disciplinares o curriculares, ofrece claves antropológicas profundas para comprender por qué la presencia del otro es condición indispensable de todo acto educativo y comunicativo.

"La presencia de otros que ven lo que vemos y oyen lo que oímos nos asegura de la realidad del mundo y de nosotros mismos"[3]. Esta afirmación, leída desde la educación y la comunicación, tiene consecuencias de gran alcance; comunicar no es simplemente transmitir información de un emisor a un receptor. Es, en un sentido más profundo, un acto de confirmación mutua. Al hablar y ser escuchado, al enseñar y ser comprendido, el mundo se vuelve real y compartido. Sin esa presencia del otro que recibe, que interpela y que responde, la experiencia queda encerrada en la subjetividad más radical, sin posibilidad de trascendencia. La educación, entendida desde esta perspectiva, no es solo la transmisión de contenidos curriculares; es el espacio donde el mundo se vuelve común, donde la experiencia individual adquiere un sentido comunitario.

La comunicación y la educación son elementos trascendentales en la vida de las personas; negarles su posibilidad de expansión traería graves consecuencias si se tratase de pensar en términos de calidad, porque sus efectos se convierten en elementos prácticos que se transmiten durante mucho tiempo y permanecen en la memoria de los que construyen y reciben conocimiento. Si los participantes del círculo educativo y comunicativo tienen la responsabilidad de generar estrategias propositivas, esa responsabilidad no es solo técnica o metodológica: es, ante todo, una responsabilidad de hacer mundo con el otro, de construir ese espacio donde lo que se dice y se aprende adquiere significado compartido.

El rol de la comunicación debe ser, sin duda, el de un eco educativo, enriquecedor y ameno que permita una integración de las nuevas generaciones con las anteriores: un intercambio de saberes que genere espacios de reflexión y la búsqueda de una relación bidireccional donde cada una de las partes renuncie a la problemática continua y ensimismada que se ha tejido por años.

[3]Hannah Arendt, *La condición humana* (Paidós, 2009), 60.

Sería razonable aceptar esa complementariedad porque la relación entre escuela y medios de comunicación se viviría como el fruto de una continuidad, de un relevo, de la aceptación de la existencia de tiempos diferentes y de situaciones diversas que darían lugar a valores diferentes[4].

La relación que se da entre la comunicación y la educación no puede ser antagónica, pues sus contextos son proporcionales y, por consiguiente, deben ir encaminados a lograr objetivos comunes como la participación ciudadana y la formación de conciencia crítica frente a situaciones que se manifiestan a diario. Por esto, es necesario aceptar y apropiarse de las nuevas dinámicas en las que se ven involucrados estos conceptos. La negación de esta dinámica de la sociedad, "innovadora" y "resuelta", no sería una solución factible; por el contrario, agrandaría la crisis.

Los cambios en los que se ven inmersas las nuevas generaciones son producto de la aceleración en los medios de comunicación, que utilizan contenidos alejados de la realidad social para crear falsas necesidades en los espectadores; estos cambios, tan grandes y apresurados, no dan tiempo de asimilar tanta información, por lo que un contenido reflexivo pasa desapercibido, perdiéndose la oportunidad de hacer construcciones significativas con éste.

Los contenidos comunicativos y educativos, carentes de calidad suficiente, no logran impactar de forma positiva al público que se dirigen, poniendo en riesgo el trabajo de educadores y comunicadores que le apuestan a una trasformación social; a lo sumo, tratan de "saciar esa hambre voraz de entretenimiento y diversión que periódicos, revistas y programas de información están obligados a tener en cuenta si quieren sobrevivir y no ser expulsados del mercado"[5]. La posición es enfática: los medios de comunicación no deben seguir interesados en abarcar a la mayor cantidad de público con temáticas desproporcionadas, ni tampoco buscar un lucro económico que siga alejando a los contenidos crítico-sociales de sus consumidores.

Los desenlaces, positivos o negativos, que los medios de comunicación traen se resumen en la gran influencia que tienen en la sociedad actual, pues son la oportunidad de expresión. Así pues, es necesario fomentar una buena comunicación entre los participantes, que mantengan un diálogo consiente con las nuevas tecnologías y que abracen la posibilidad de adquirir o fortalecer sus habilidades:

> Los programas televisivos permiten la participación en la programación y oportunidades tecnológicas: nuevas posibilidades de renovación, trasformación, dinamización social, cultural. ¿Estas posibilidades tecnológicas tienen una respuesta social?[6]

Para dar respuesta a la pregunta es necesario visualizar una comunicación que eduque y una educación que comunique desde una proyección social y desde la presencia del otro. Así, es fundamental tener contenidos propiamente reflexivos sin que ninguno esté aislado de la realidad. Este proceso amerita el reconocimiento de esas oportunidades tecnológicas que participan directamente

[4]José Manuel Pérez Tornero, *Comunicación y Educación, cuestiones clave.* (Mentor, s.f.), 17.
[5]Mario Vargas Llosa, *La civilización del espectáculo* (Letras libres, 2008), 14-22.
[6]Toni Cuadrado Escaplez, "Comunicación y Educación en la sociedad digital", YouTube, 7 de mayo de 2011, 1 hora, 27 min., 43 seg., https://youtu.be/0MDFsZgdvPg?si=pTN4Ulb612Xc-1BI

en la construcción de un trabajo colaborativo. Por este motivo, una actitud cómoda por parte de los comunicadores y educadores no sería la más conveniente porque ese trayecto debe pasar por una revisión que finalmente dará un diagnóstico contextual, es decir, que involucrará la lectura de los efectos que han tenido la escuela y los medios de comunicación en la civilización actual.

Los retos en los que se ve involucrada la educación son enormes: cada vez se generaliza la brecha que existe entre lo que ocurre en las aulas de clase con sus currículos escolares y la realidad que viven los jóvenes, mediada por los medios de comunicación. Tal brecha parece cada vez más ajena y opuesta a la finalidad de la educación y la comunicación.

> El aprendizaje escolar no se cruza con lo que aprenden fuera del aula. Por ello, para dar respuesta a las muchas y constantes solicitudes del universo digital, los jóvenes desarrollan, por sí mismos y en grupos afines, estrategias de aprendizaje. Esto es algo que las instituciones educativas no pueden pasar por alto[7].

Pensar la finalidad de los dos conceptos expuestos en términos reflexivos amerita una transformación profunda de la comunicación como medio para alcanzar una educación acorde a las necesidades que presenta la sociedad. Por esto, se debe evitar acudir a la justificación reiterativa que prolonga, una y otra vez, el error de no asumirse como sujetos reflexivos capaces de generar propuestas que promuevan una comunicación efectiva junto con una educación transformadora. Pensar la educación y la comunicación desde el mundo común de Arendt implica, entonces, asumir que ninguna estrategia educativa o comunicativa se agota en el presente. Toda acción pedagógica es, en algún sentido, un gesto hacia el futuro, una apuesta por la permanencia de aquello que consideramos valioso o humano.

Los maestros, vistos como unos comunicadores, están llamados a vivir su profesión desde una praxis que acepte las nuevas dinámicas por las que pasan los jóvenes, mostrando una actitud dialogante que no se limite a repetir conceptos empolvados, sino a incentivar, desde una perspectiva creativa, nuevos aprendizajes prácticos en sus estudiantes: "Las actitudes de los maestros, muchos de los cuales padecen la educación en lugar de vivirla como una aventura, sometidos como están al desconocimiento social y la urgencia de las necesidades primarias insatisfechas"[8]. Lo anterior hace que se enlode el proceso de Enseñanza-Aprendizaje por el que deben pasar no solo los estudiantes y profesores, sino también toda la comunidad educativa.

> El trabajo que debe hacerse es laborioso y requiere una constante revisión de los efectos que proporcionen las estrategias implementadas en los contextos participantes con miras a la calidad. Esto no debe traducirse en el frecuente aplazamiento al que acuden muchos educadores y comunicadores para evadir la situación; antes bien, deben considerarse responsables de reducir las fisuras que sufre hoy el sistema por el cual trabajan. Por ejemplo:

[7]Sara Pereira et.al., *El aprendizaje de los jóvenes con medios digitales fuera de la escuela: De lo informal a los formal* (Comunicar XXVII, 2019), 58.
[8]Carlos Augusto Hernández, *Educación y comunicación: pedagogía y cambio cultural* (Nómadas, 1996).

> La televisión de "contexto" se inserta explícitamente en la televisión-proyecto cultural que rebasa lo curricular en la diversidad y libertad de sus temas a la vez que expande su tecnicidad hacia la organización multimedia, experimentando y potenciando al máximo las formas de interactividad, no sólo como estrategia estrictamente pedagógica, sino de educación ciudadana; esto es, de participación y expresión de la comunidad y de innovación cultural que busca en la experimentación del lenguaje audiovisual catalizar los nuevos modos de ver y oír, de leer y narrar[9].

Ante todo, las estrategias comunicativas deben sentirse también educativas para realizar un trabajo útil que genere beneficios, pues de nada sirve tener buenas ideas si estas no se comunican y forman en consciencia crítica a sus receptores. El compromiso que tienen estos dos conceptos es el de una proyección que transforme, comunique y eduque reflexivamente a las presentes y futuras generaciones.

Para Arendt, la pluralidad es la condición de la acción humana porque "todos somos lo mismo, es decir, humanos, y por tanto nadie es igual a cualquier otro que haya vivido, viva o vivirá[10]. Esta tensión entre igualdad y diferencia es la que hace posible —y necesario— el encuentro. Si todos fuéramos idénticos, la comunicación sería redundante y la educación, innecesaria.

Hoy es difícil encontrar a personas que se miren directamente a los ojos: las pantallas han reemplazado el contacto visual, la presencia y la condición humana. Lo que antes era encuentro se ha convertido en conexión; lo que era diálogo, en intercambio de contenidos. Esta transformación toca lo profundo de lo que significa ser humano y, con ello, el corazón mismo de la educación y la comunicación. Hannah Arendt nos recuerda que "el discurso y la acción revelan esta única cualidad de ser distinto. Mediante ellos, los hombres se diferencian en vez de ser meramente distintos; son los modos en que los seres humanos se presentan unos a otros, no como objetos físicos, sino como hombres"[11]. Cada vez que una pantalla sustituye una mirada, no solo cambia el medio: se fractura la condición desde la que nos reconocemos mutuamente como humanos.

La crisis que atraviesan hoy la educación y la comunicación no es solo una crisis de contenidos o metodologías. Es, antes que todo, una crisis de presencia y de identidad. Los medios de comunicación, orientados por una lógica de mercado que privilegia el entretenimiento sobre la reflexión, han ido vaciando los espacios donde el otro podía aparecer y ser reconocido. En ese vaciamiento, algo profundo se pierde: la posibilidad de que los sujetos muestren quiénes son. Arendt es precisa al respecto: "mediante la acción y el discurso, los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano"[12]. Una comunicación que reduce al otro a un espectador pasivo no solo empobrece el mensaje; le arrebata su aparición, su lugar en el mundo común.

---

[9] Jesús Martín Barbero, *Heredando el futuro. Pensar la educación desde la comunicación* (Nómadas, 1996).
[10] Arendt, *La condición humana*, 22.
[11] Arendt, *La condición humana*, 200.
[12] Arendt, *La condición humana*, 203.

La brecha que separa lo que ocurre en las aulas de la realidad que viven los jóvenes mediados por pantallas no es solo pedagógica: es una brecha en la posibilidad del reconocimiento. Si el discurso y la acción son, como sostiene Arendt, los modos en que los seres humanos se presentan unos a otros (no como objetos sino como sujetos), entonces una educación que no abre espacio para la palabra propia y una comunicación que no interpela al otro en su singularidad fallan en lo mismo: impiden el encuentro. Maestros y comunicadores están llamados, precisamente, a promover las condiciones para que ese encuentro sea posible; a construir los espacios donde cada uno pueda mostrar quién es, revelar su identidad y hacerse presente ante los demás.

La proyección social de la educación y la comunicación, tema central, encuentra aquí su razón de ser más profunda: se proyecta hacia lo social precisamente porque lo social es el territorio de la pluralidad, el espacio donde conviven seres que comparten una condición humana común pero que son irreductiblemente distintos entre sí. Comunicar y educar en ese territorio no es imponer una visión única del mundo, sino contribuir a que múltiples voces encuentren un espacio en el que puedan ser escuchadas y en el que, juntas, construyan algo que ninguna podría construir sola.

Bibliografía

Arendt, Hannah. *La condición humana*. Paidós, 2009.

Augusto Hernández, Carlos. *Educación y comunicación: pedagogía y cambio cultural*. Nómadas, 1996.

Barbero, Jesús Martín. *Heredando el futuro. Pensar la educación desde la comunicación.* Nómadas, 1996.

Escaplez, Toni Cuadrado. "Comunicación y Educación en la sociedad digital". Publicado el 7 de mayo de 2011 por cbuson. YouTube, 1 hora, 27 min., 43 seg. https://youtu.be/0MDFsZgdvPg?si=pTN4Ulb612Xc-1BI

Pereira, Sara, Joana Fillol, Pedro Moura. *El aprendizaje de los jóvenes con medios digitales fuera de la escuela: De lo informal a los formal.* Comunicar XXVII, 2019.

Pérez Tornero, José Manuel. Comunicación y Educación, cuestiones clave. Mentor, s.f.

Vargas Llosa, Mario. La civilización del espectáculo. Letras libres, 2008.